

nes que exclusivamente contra Oaxaca habia tomado el gobierno. ¡Lástima que ya fuera demasiado tarde y ¡lástima también que no hubiera ocurrido esta salvadora idea á nuestro caudillo! No era necesario que se hubiera abierto paso á mano armada, sino simplemente aventurarse á recorrer cien leguas de incógnito. Si él se hubiera presentado entre nosotros en aquellos dias en que podíamos haber reunido mas de diez mil hombres en unos cuantos meses, la revolucion de la Noria se hubiera salvado.

Pero las cosas pasaron de muy distinto modo y es como voy á tener la pena de seguirlas refiriendo al lector que quiera acompañarme todavía en mi ya cansada relacion.

Paciencia pues y vamos adelante.

CAPITULO XX.

TOMAR UN PARTIDO.

Segun dije anteriormente, el Dr. Ignacio Martinez que llevaba con todos nosotros una amistad estrecha, se habia pronunciado en Charcas con una docena de hombres, habiendo progresado su movimiento con tanta fortuna que cuando se incorporó con nosotros llevaba mas de quinientos hombres regularmente armados y municionados. Entónces pudo formarse una Division de mas de tres mil hombres la cual se dividió en una brigada de infantería y artillería mandada por Juan Guerra, otra de infantería mandada por Bibiano Hernández y la última de caballería por Ignacio Martinez. Los jefes de los cuerpos eran Francisco y Andres Martinez, Chasco, Sta. Cruz y otros que se habian distinguido como valientes en las anteriores campañas. Nuestro cuerpo de Ejército, si

bien no muy numeroso, presentaba ya un aspecto verdaderamente respetable.

Pero no habia en el campamento quien no lamentara la inaccion en que nos encontráramos hacia quince dias, sin poder emprender nada por nuestra cuenta sin las órdenes del general en jefe de quien dependiamos mas bien por deferencia que por deber. Pedro Martinez era tan general de Brigada como Gerónimo Treviño, y segun entiendo á la vez habian sido promovidos al generalato, sin que ni el uno ni el otro hubiera recibido mas instrucciones del caudillo de la revolucion que ayudar á la causa comun con sus respectivos elementos.

He aquí por esa circunstancia cuales eran las conversaciones diarias que tenian nuestros jefes:

—El general Treviño no se mueve.

—Parece que no quiere emprender operaciones para no exponer sus elementos militares.

—Pero la revolucion no podrá triunfar si damos tiempo al gobiernode que se reponga de sus descabros.

—Nosotros que estamos en posibilidad de avanzar sobre Zacatecas ó sobre S. Luis y dar un golpe, perdemos la mas preciosa de las oportunidades.

—Ya debiamos haber atacado á S. Luis cuya guarnicion está muy desmoralizada.

—Si hubiéramos continuado desde luego sobre esa plaza ya estuviera en nuestro poder.

—Seguro: tanto mas cuanto que los oficiales estan queriendo pasarse con nosotros.

—A mi me han escrito.

—A mi tambien.

—Y á mi.

—No se entiende esta demora.

—Treviño está esperando el desenlace que tenga la revolucion en los Estados de Oriente.

—Tiene repugnancia tanto de mandar como de que se le mande.

—Yo sé que está arrepentido de haberse pronunciado.

—Algunos dicen que ha mandado comisionados á México.

—No puede ser cierto, sino que es apático por naturaleza.

—No fué así en la guerra con los franceses.

—Tuvo muchas chiripas, pero siempre ha sido lo mismo, yo que he militado á sus órdenes lo conozco bien.

—Es seguro que no le veremos en campaña antes de dos meses.

—Se detiene hoy con el pretesto de estar organizando la política de los tres Estados del Norte y sobre todo no quiere dejar ningun enemigo á la retaguardia.

—Pero siquiera manda algunos recursos al general Martinez?

—No manda ningunos.

—Pues no hemos de poder estar viviendo mas tiempo sobre estos pobres pueblos.

—Ese es mi parecer: debemos emprender algo.

—Ese es el parecer de todos: esta inacción nos mata.

—Pero mientras Treviño no mande órdenes. . . .

—No las mandará.

—En ese caso debemos tomárnoslas.

—Lo cierto es que ya Martínez se puso á sus órdenes en el Saltillo y no puede obrar por su propia cuenta sin responsabilidad.

—Y está conforme?

—El está tan desesperado como nosotros.

—Entonces el mejor paso que podemos dar es independernos de Treviño.

—Seria el mejor partido.

Y de una de estas conferencias á que daba lugar la impasibilidad en que nos encontrábamos, nació el proyecto de comisionar al general Bibiano Hernández para que redactara una exposición.

En ella se le decía al general Martínez que supuesto que el general Treviño no le mandaba ni un peso, ni un hombre, ni un fusil, ni tampoco le daba ningunas instrucciones para continuar aquella campaña, debía reasumir el mando supremo de aquellas fuerzas y recobrando su independencia, moverlas á donde más las reclamara el servicio de la revolución.

Esta exposición que estaba apoyada en estos y otros mas convincentes razonamientos, fué puesta en las manos de Martínez y llevada á nuestro acuerdo en el Cuartel General de la Division. Primero la discutimos entre él como jefe y yo como su secretario, conviniendo en volver á discutirla con los jefes de Brigada, y despues de que sufrió varias discusiones

en que se pesaron las ventajas y los inconvenientes de una resolución semejante, convenimos en esperar aun tres dias, dando lugar á quitarle lo agrio que tuviera con una nueva redacción y á que en ese tiempo recibiéramos alguna noticia del general en jefe.

Treviño continuó en esos tres dias mudo como una tapia y entonces se le mandaron los pliegos con un extraordinario. El general Martínez le decía, en una comunicacion muy respetuosa, que segun veria por la exposicion que le acompañaba suscrita por todos los jefes que militaban en aquella Division, se queria que entrara esta en actividad y que con el fin de tener mas libertad en sus operaciones y obsequiar los deseos de aquellas personas que habian abrazado la causa de revolucion por patriotismo, se consideraba obligado mientras no recibiera órdenes en contrario del jefe de la revolucion, á obrar por su propia cuenta, segun mejor le conviniera.

Una vez dado este paso, sin esperar á saber la impresion que produjera, nos pusimos en marcha con direccion á Zacatecas, avisando á García de la Cadena y á Donato Guerra de nuestros movimientos, para obrar en combinacion sobre aquella plaza, que segun sabiamos, tenia una guarnicion de tres mil hombres.

No pasaré adelante sin decir que despues de algun tiempo supimos que la impresion que causó aquella determinacion fué de las mas fatales, aunque produjo el buen efecto de sacar á Treviño de su inactividad, pues que luego dió orden para que sus tropas se pu-

sieran en marcha, llevando el propósito de hacer con todos nosotros un ejemplar castigo.

Por supuesto que á mi me echó la culpa de todo, asegurando que era el intrigante que habia instigado tal desobediencia, sin penetrarse de que el descontento que habia nacido contra él era tan natural como espontáneo, sabiendo que ninguno de los que allí se encontraban podia ser partidario de la inacción. Ahora declaro como hombre honrado, con la sinceridad de que he dado pruebas en toda esta relacion, que no tuve mas ingerencia en el suceso que la que me daba mi carácter de secretario y jefe de Estado Mayor del general en jefe y con ambas investiduras fui quizás el que opuse mas resistencia á la medida, considerando los trascendentales resultados que podia tener. Yo fui el único que me atreví á hacer estas preguntas con toda entereza: en caso de que suframos un reves ¿de quien ha de ser la responsabilidad? y si por esta segregación que vamos á efectuar Treviño despechado disuelve sus fuerzas, ¿á quien se echará la culpa? y de una ú otra suerte, ¿qué podrá ser mas provechoso para nuestra causa, tomar una determinacion tan grave ó esperar otros dias mas para que se nos trasmitan las órdenes que con tanta ansiedad esperamos? Pero sucedió lo que sucede siempre que se le forma una atmósfera compacta á una opinion á que se le ha cobrado engreimiento, que se cerraron los oidos á todo razonamiento, empleándose el mayor afan en que se le diera fin al incidente.

Así, pues, no tuve yo la principal culpa de aquella

resolucion tomada tan tardiamente, si es que pudo haber culpa en querer apresurar como era oportuno los resultados de aquella campaña.

Y digo que la resolucion fué un poco tardia, porque ya la plaza de S. Luis se habia reforzado con tropas de refresco y con artillería de grueso calibre de que nosotros careciamos totalmente para emprender el asalto de una plaza fortificada. Allí no podiamos contar ni con los accidentes del terreno, ni con la flojedad del gobierno general que ya habia tenido tiempo de reconcentrar sus elementos para precipitarlos donde mas fueran necesarios, ni tampoco con el desaliento de una guarnicion que tiene pocas esperanzas de ser protegida; ni siquiera teniamos el parque suficiente para emprender operaciones que pudieran tener mas de ocho dias de duracion y era un delirio suponer que podiamos organizar columnas de ataque con nuestra tropa bizoña y tomar la plaza en 24 horas.

Pero aunque la resolucion era tardia para poder operar con algun éxito sobre la plaza de S. Luis, todavía podia sacarse partido de un rápido movimiento efectuado sobre Zacatecas, principalmente si era apoyado por las fuerzas de Donato Guerra, quien acababa de causar una formidable derrota al general Tolentino, y por las del General Garcia de la Cadena que expedicionaba en el Estado con tres ó cuatrocientos hombres todos montados.

Este partido tomado inmediatamente despues de haber lanzado el grito de independenciam envuelto en

la razonada manifestacion á Treviño, volvió la moral á las tropas y la animacion á nuestros oficiales. Ya en adelante no volvimos á tener deserciones ni síntomas de marcado disgusto.

Como estábamos vigilados por un destacamento del Estado de S. Luis, fué necesario amagarlo con nuestras guerrillas para que fuera á comunicar que ya nos habíamos movido sobre esa plaza. El jefe de la guarnicion comunicó al Gobierno Federal que todas las fuerzas del Norte mandadas por el general Treviño marchaban ya para poner cerco á S. Luis Potosí y entónces el ministro de la Guerra ordenó que se nos resistiera á todo trance y que cuando ya estuviéramos en el asedio caeria sobre nosotros una division de cinco mil hombres que nos haria pedazos. El ministro de la guerra tenia los elementos suficientes para cumplir su palabra, pues que era cabalmente la época en que acababa de despejar casi todo el Oriente, en cuyos Estados no quedaban mas que partidas porfiristas de muy poca significacion.

Una persona imparcial que hubiera estado examinando los acontecimientos desde un punto en que pudiera abarcarlos con todos sus accidentes y propiedades, habria dicho sin vacilar que nosotros mismos habíamos dado muerte á la revolucion, nosotros mismos con los tres meses que habíamos gastado sin movernos del Saltillo ó de sus alrededores. Lo del Saltillo tuvo alguna disculpa, porque estábamos siquiera combatiendo, aunque sin esforzarnos para con-

cluir, pero la detenida posterior fué realmente imperdonable.

De todas maneras, procuramos distraer la atencion del enemigo con un fingido movimiento sobre S. Luis para luego marchar á toda prisa sobre Zacatecas.

Luego que se nos incorporó García de la Cadena nos llenamos de entusiasmo, principalmente cuando el Fanfar de su regimiento, despues de no haber oido música mlitar en mucho tiempo, nos tocó la popular cancion llamada "La Golondrina"